

El ayuno de Mahama Gandhi

(Londres, diciembre, 1924).

MAHAMA Gandhi acaba de terminar sus veintidós días de ayuno por la unión de los mahometanos y los budhistas de la India. Durante su ayuno los trescientos millones de almas de la India han esperado anhelantes el fin de los días. El apóstol ha salido casi deshecho. Las primeras fotografías que han llegado a Londres nos dan de él una imagen escuálida, claudicante, en la que lo único con vida es el fanatismo de los fieles que le rodean. Gandhi está abatido, el cuerpo laxo, la mirada tirada al suelo. Apenas puede sentarse. Bajo la piel ennegrecida por la debilidad se diseña el esqueleto. Pero de este cuerpo agotado, en ruinas, sin fuerzas para sostenerse, emana un hálito de misticismo, de bondad y de ternura que ha estremecido, por encima de las opiniones políticas, al espíritu inglés.

Sus veintidós días de ayuno no servirán, ciertamente, para que Inglaterra se decida a darle su independencia a la India. Tampoco servirá para que las muchedumbres indias vuelvan a la antigua fe de la resistencia pasiva. La lucha ha creado ya nuevas inquietudes y más enconadas ambiciones en los hombres de Oriente. Lo más posible es que el apóstol no vuelva a conducir las multitudes nacionalistas con el poder absoluto de antes. Una experiencia de varios años les ha probado a los indios que la resignación y la pasividad orientales no bastan contra la fuerza occidental. El doctor Ras, que preconiza métodos de combate en cierto modo occidentales, logra infundir más esperanzas.

Pero sobre todas estas cosas de tácticas y de ventajas políticas la grandeza moral de Gandhi permanece incontaminada. Su doctrina política fracasa precisamente porque no todos los hombres tienen su alma. Tal vez en nuestros países el ejemplo de Gandhi mueva más a risa o a un gesto despectivo que a un instante de meditación. Todavía hay mucha gente que cree más en los cañones y en las fábricas inglesas que en el admirable espíritu de la India. No faltará un doctor para diagnosticar el caso sicopático de Gandhi. Sin embargo, el alma de Gandhi, como lo ha dicho Tagore, es uno de los tesoros más puros de la humanidad. Los doctores que diagnostican las sicopatías son incapaces de sentir, por la independencia de su pueblo, que la muerte no es más que un incidente sin importancia, Gandhi lo ha dicho y lo ha practicado. Los doctores de Occidente, en cambio, aunque estén más arriba de las represalias, nos dan cada día una nota vergonzosa.

El alma de Gandhi vale mucho más. Los trescientos millones de hombres de la India no recuerdan que Gandhi también fué doctor y pasó su juventud especulando con la ciencia jurídica. Lo que les emociona a los trescientos millones de indios es que Gandhi ha vivido treinta años como el más pobre de ellos, que no ha tenido nunca una sola vacilación ni un desmayo ni una mancha en su vida política. Si la lucha por la independencia de la India tiene hoy un aliento de santidad, se debe a la pureza que ha derramado sobre ella el corazón de Gandhi. Y esto vale más que la ciencia.

Por esto la India venera a Gandhi y no venera a los sabios de las Universidades creadas por Ingla-

terra; por esto los mahometanos y los budhistas, a pesar de los siglos, se unen en una sola fe política, y por esto la propia Inglaterra, limpia de miserias morales hasta en sus errores, contempla la figura descarnada de Gandhi con un respeto, con una emoción y con una dignidad que se armonizan noblemente con la grandeza espiritual del apóstol.

CÉSAR FALCON

(*El Sol*, Madrid).

La muerte de Cipriano Castro

Los cables avisaron de la muerte del dictador de Venezuela y mucha gente pensó que por fin había reventado la barriga podrida de Juan Vicente; pero la naturaleza se ha equivocado una vez más y el muerto no es el dictador de hoy sino el de ayer, el tristemente célebre Cipriano Castro. La naturaleza, indiferente como siempre a las aflicciones humanas, se complace en otorgar larga vida a casi todos los tiranos. No sé si Castro tenía ya cien años, Gómez pasa de los sesenta y está todo podrido, pero no acaba de bajar a los infiernos. Estrada Cabrera murió de viejo y sólo porque ya no estorbaba ni oprimía a su pueblo. Le mató la nostalgia del dolor ajeno. La tiranía es una fuente de sangre donde se rejuvenece periódicamente el tirano. Algo hay en el viejo rito de beberse la sangre del adversario. Por lo menos así se sustentan los chacales del pretorianismo latinoamericano.

De todas maneras, la letra de imprenta nos hizo saber que ha muerto Cipriano Castro, el despota nefando que echó las bases del actual despotismo de Venezuela; el héroe de un día, porque cañoneó barcos europeos que lo apremiaban por deudas. Aun ésta que mereció los honores de la atención continental, fué una actitud falsa, fanfarronesca, minada de inmoralidad y disfrazada de teatralería, estilo Santa Ana. Una farsa que no debiera haber engañado más que a los cretinos y a los moralmente invertidos. Santa Ana, el jugador de gallos, el político sin pudor, el capitán sin decoro, encarnando sin embargo, una y otra vez a la patria, viéndose llamado y aclamado por un populacho que en él saludaba el reflejo de sus más bajas perversiones! ¡Cipriano Castro, jugador de gallos, histrión sanguinario, político felón, proclamándose defensor de la soberanía de un continente, porque se había jugado o se había robado los dineros de una deuda nacional. Defensor Castro de un continente que tiene epopeyas como la de Liniers contra los ingleses en Buenos Aires o como la de Juárez en México! ¡Sin embargo, no faltó quien le aplaudiera por la razón aquella que no hace mucho proclamó cierto sabio de la Universidad, porque Cipriano tenía poder y esto probaba su excelencia, puesto que «el éxito siempre es excelente!» He aquí pintados al caudillo y a su séquito. La estulticia y el servilismo.

Pues lo que sustenta al caudillo no es una energía de que carece, ni un talento que ni él mismo se sospecha, sino la miseria moral y también material, el servilismo de una población degenerada. Dentro y fuera de Venezuela hubo hombres de nuestra raza que aplaudieron a Cipriano Castro; dentro y fuera de Venezuela, quedan todavía gentes que admiran